

LLANO, Alejandro: *Humanismo cívico*, Barcelona, Ariel Filosofía, 1999, 318 pp.

En los últimos años han pasado a un primer plano algunos de los problemas que venían padeciendo nuestras sociedades democráticas y que nunca, hasta el momento, habían sido tratados de forma tan explícita y urgente por el pensamiento político. Parece como si los conceptos y paradigmas explicativos que veníamos utilizando estuvieran ya desgastados después de años, y siglos, de uso y abuso; términos como soberanía, ciudadanía, representación o participación parecen incapaces de explicar la creciente complejidad del mundo político y requieren ser sustituidos o reinterpretados de un modo original que los saque de su estática esterilidad. El creciente desencanto que sufren nuestras sociedades se manifiesta en la falta de una mayor participación ciudadana, en la escasa atención a la diversidad y a las situaciones de marginación social.

Esta última obra de Alejandro Llano trata los temas más actuales que vienen preocupando a ilustres Catedráticos/as de Filosofía Moral y Política, como Adela Cortina, Carlos Thiebaut, Victoria Camps o Eugenio Trías, entre otros muchos, cuyas reflexiones se han ido publicando recientemente. El primer interés de la obra que comentamos es que refleja de manera cabal esta crisis sin hurtar a la reflexión y a la razón ese espacio que por derecho les corresponde y desde el que cabe recuperar el sentido profundo de los ideales que inspiraron la modernidad política. La democracia moderna ha posibilitado una libertad sin precedentes en la historia, pero lo que se cuestiona en este libro es el posible atasco de ese proyecto. A juicio del autor, ese proyecto representa una «primera modernidad» cuyas concepciones del hombre y de las relaciones sociales han estado vigentes durante más de tres siglos, pero en la actualidad se encuentran teórica y prácticamente descalificadas. Agotado un constructo social cuyos elementos estructurales son el Estado, el mercado y los medios de comunicación social, Habermas ha denunciado reiteradamente los riesgos que conlleva de insolidaridad y desertificación de la vida. La quiebra entre el aparato burocrático y la vida real de los ciudadanos fomenta directamente una irresponsabilidad ciudadana que se acaba conformando con cambiar posibilidades de participación en las iniciativas sociales por prestaciones recibidas. En definitiva, afrontamos el riesgo de que nuestras democracias evolucionen hacia formas prácticas de democracia totalitaria; lo que ya Tocqueville calificó como «despotismo blando».

Pero el propósito de esta obra no es realizar un diagnóstico pesimista de nuestra sociedad política sino que se caracteriza por la búsqueda de caminos por los que un humanismo cívico pueda irrumpir entre las grietas del sistema, vitalizándolo. Llano señala que las raíces del debilitamiento del Estado de bienestar provienen de la ignorancia de las fuentes que le dan sentido, de las vitalidades de los ciudadanos y de los grupos primarios. Y, paradójicamente, en los últimos años observamos cómo a nuestro alrededor están ascendiendo iniciativas de responsabilidad ciudadanas y de humanismo civil que nos permiten alumbrar una «segunda modernidad», protagonizada por la presencia activa de una ciudadanía reflexiva; lo que se va haciendo cada vez más perceptible es la existencia de un tejido social de carácter prepolítico y preeconómico que se mueve en el ámbito de la cultura, que opera por cuenta propia sin necesidad de permisos o subvenciones. La «segunda modernidad» se caracterizaría por el afán de librarse de un individualismo que, como

Charles Taylor ha señalado, amenaza con dejar incumplidos los objetivos de la modernidad ilustrada. Lo que le falta a la «primera modernidad» es recuperar el protagonismo de los ciudadanos, su capacidad de participación política y la relevancia de sus iniciativas comunitarias.

El enfoque comprehensivo que adopta esta obra supone que el nivel conceptual decisivo no es el político o el económico, sino el plano cultural y social. Consiste básicamente en un nuevo acercamiento a las realidades sociales en el que las personas recuperen el protagonismo, pero no en su aislamiento individualista sino en su solidaridad interpersonal. El humanismo cívico se podría definir como la actitud que fomenta la responsabilidad de las personas y comunidades ciudadanas en la orientación de la vida política. Se trata, por lo tanto, de una propuesta humanista, porque estima que el respeto a la libre iniciativa de los ciudadanos es un correlato de su dignidad como personas. Tres son las propuestas esenciales de este programa: 1. dotar a las personas reales y concretas del protagonismo que realmente les pertenece; 2. destacar la importancia de las comunidades como ámbitos decisivos para el pleno desarrollo de las personas, y 3. recuperar el valor de la esfera pública como garantía de las libertades sociales y de la vida de las comunidades.

Las propuestas de Llano se alejan de los comunitaristas que pretenden aportar un sentido comunal al propio aparato del Estado. Tampoco cree en la «tercera vía» tal y como la presenta Anthony Giddens, ya que, en su opinión, no aporta ningún componente novedoso, mientras que sigue enfatizando un individualismo que representa equívocamente los símbolos de la izquierda europea. Cabría pensar, por lo tanto, que nos encontramos ante una reivindicación de la sociedad civil, pero Llano nos aleja de esta interpretación cuando rechaza la fácil y tópica apelación a la sociedad civil frente al Estado. Llano la considera ambigua y carente de fuerza para configurar una auténtica comunidad humana; ambigua porque parece revitalizar la iniciativa social frente al Estado, pero apela para ello a una instancia –la económica– cuyo funcionamiento es tan mecánico e impersonal como el de la Administración pública. El actual discurso sobre la sociedad civil toma como campo de referencia el mercado sospechosamente espontáneo y neutral; es el mismo pensamiento único de cuño neoliberal que logra altas cotas de eficacia en la gestión a costa de ensanchar las diferencias sociales y de aislar a los individuos. Llano considera que la apelación al mercado conserva el mismo esquema de abstracción individualista, sólo que variando las cuotas del reparto. Y como destaca Hannah Arendt, una sociedad reducida a un puzzle de individuos aislados está siempre al borde del totalitarismo.

Se trataría, más bien, de dar paso a un nuevo modelo de pensar las realidades sociales que sustituyera el esquema técnico-económico por el paradigma ético de la comunidad política que proviene de la tradición aristotélica. Dicho paradigma es flexible permitiendo desburocratizar y desmercantilizar las relaciones para así liberar las vitalidades que latén en la sociedad. De este modo se podría encauzar la rica sensibilidad posmoderna más allá del estéril esquema del Estado nacional. El núcleo de esta propuesta consiste, por lo tanto, en fomentar la creciente participación política y el reforzamiento de las comunidades a escala humana que ya se vislumbra en fenómenos actuales como la eficacia del voluntariado o el papel que están jugando las organizaciones no gubernamentales de promoción y asistencia a los más necesitados. La respuesta frente al pensamiento único dominante

consiste, a juicio del autor, en una renovación de la cultura política en la que se valore la participación, tanto en los niveles de gobierno como en las asociaciones voluntarias.

Rawls y Rorty han venido reiterando la importancia de un acercamiento democrático al problema de la justicia lo cual exigiría relegar las argumentaciones acerca de lo que se considera bueno al ámbito privado. Por el contrario, Llano considera que estos autores parten de un pluralismo entendido como antagonismo insalvable. Las distintas concepciones acerca de lo bueno no serían más que obstáculos que impiden el consenso social. Por ello, estos autores confían en una solución mecánica y neutral; en el logro de un procedimiento que permita adoptar decisiones justas sin comprometerse con ninguna concepción acerca de lo bueno y lo malo. La paradoja que resulta es que se parte de un humanismo que defiende la libertad de todos, y se llega al máximo de inhumanismo porque las decisiones acaban siendo dejadas en manos de expertos; expertos que son los únicos capaces de realizar el «interés general» y que utilizan expresiones como «la única política económica posible» al margen de los ciudadanos.

El hecho claro es que la quiebra entre ética pública y privada nos ha conducido inevitablemente a configuraciones tecnocráticas, en las que el ciudadano corriente queda marginado. El esfuerzo por borrar de la argumentación pública las propias convicciones está empobreciendo nuestros discursos y erosionando los recursos cívicos necesarios para que exista una auténtica participación. El propio Rawls ha reconocido recientemente la necesidad de un *overlapping consensus* a partir concepciones comprehensivas acerca del bien.

Uno de los grandes aciertos de esta obra es su insistencia en subrayar que el problema de fondo presenta una índole claramente epistemológica. Nuestras discusiones políticas están profundamente relacionadas con el modo que tenemos de entender el conocimiento sobre las cuestiones prácticas y del lugar que otorgamos a la ética en nuestras vidas y en nuestras relaciones. Si cerramos de antemano la posibilidad de un cierto conocimiento de la naturaleza humana y de la valoración de sus acciones, no tendrá sentido hablar de humanismo cívico. Como destaca Llano, el anticognitivismo no es capaz de fundamentar el sentido de la dignidad del hombre ni de los derechos que le pertenecen. Por ello, siguiendo a MacIntyre, propone un cambio del paradigma de la certeza al paradigma de la verdad y reivindica el concepto de tradición de pensamiento destacando la dimensión esencialmente narrativa que la razón humana posee.

Personalmente, destacaría que la apuesta decidida por humanizar nuestras relaciones políticas pasa necesariamente por recuperar el diálogo racional como método de la razón política en una sociedad democrática participativa y pluralista. De otro modo, la razón pública se convierte en una técnica con tendencia totalizante.

Por mi parte, no me cabe la menor duda de que una visión dialógica del individuo es correcta. Hay que mantener que éste se hace a través de sus relaciones con los demás; que el ser humano es capaz de trascender su propia naturaleza y alcanzar su propia plenitud a través de las realidades sociales y personales en las que se incardina. La gran dificultad para mí está en conjugar el estatuto de interdependencia respecto a los demás con la irreductible personalidad y autonomía moral que también reconocemos en el sujeto. Inevitablemente, nos vemos abocados a una discusión metafísica y antropológica.

Puede que esta postura reciba acusaciones de idealismo conservador, o de presentar propuestas ingenuas e irrealizables. En mi opinión, lo que pretende es corregir las patologías del modelo social imperante y en ese sentido poco merece el calificativo de conservador o conformista. Puede que Nietzsche nos diera una solución más original pero, como pone de relieve el autor en las páginas finales, hoy en día, Nietzsche ya no resulta subversivo porque, paradójicamente, ha pasado a formar parte de la conciencia burguesa, de la comercialización y del consumo. Resulta más subversivo atreverse hoy a defender una actitud decididamente humanista.

Rubén ORTEGA COTARELO